

JOSÉ ÁNGEL VALENTE, O LA LUCIDEZ EN LA SOMBRA

A la ya larga lista de poetas españoles de la generación del 50 que la muerte ha ido confiando a nuestra memoria, se ha venido a añadir José Ángel Valente, uno de sus miembros más destacados. Bien conocido es su repetido rechazo a esa adscripción generacional, expresión sin duda de una personalidad ascética que, a nivel de la creación, se traducía en un perseverante esfuerzo por refrenar emociones y desconfiar de conceptos, aun a riesgo de caer en la abstracción, lo que tampoco entraba en sus propósitos. Todo ello, en aras de dejar a las palabras y al poema una autonomía controlada con la que poder captar el siempre inesperado hallazgo. ¿Acaso no había escrito aquello de que “La escritura gira en torno a la revelación de la palabra. La palabra se manifiesta”?

No obstante, aquejado ya del mal que había de acabar con su existencia, expresaría sus últimas y más concluyentes ideas sobre poesía en abril de 2000 en ocasión del encuentro organizado en Madrid por el Círculo de Lectores sobre el tema “Poesía y filosofía en la sociedad tecnológica”. Desmarcándose definitivamente de la mayor parte de los poetas de su generación que habían seguido el camino de la llamada “poesía de la experiencia”, a la que calificaba de “líquida y gaseosa”, reivindicaba expresamente la poesía conceptual evocando a manera de paradigma el machadiano “grano del pensar ardido”. José Ángel Valente rompía al mismo tiempo con varias décadas de auto-satisfacción de poetas y críticos españoles (¿cuántas veces no se llegó a repetir que la poesía española vivía un nuevo “siglo de oro”?) al afirmar que la situación de la poesía española de los últimos años era en realidad “pobrísimas y precarias”.

La concesión en 1955 del premio Adonais a su poemario *A modo de esperanza* llamó muy pronto la atención sobre el joven poeta orensano José Ángel Valente que alcanzaría ya pleno reconocimiento en 1960, al recibir el premio de la Crítica por su libro *Poemas de Lázaro*, premio que volverá a serle atribuido en 1980 por su obra *Tres lecciones de tinieblas*. Durante los veinte años transcurridos entre ambas concesiones ampliaba y consolidaba su obra mediante la aparición de *La memoria y los*

signos, 1966; *Siete presentaciones*, 1967; *Breve son*, 1968; *Presentación y memorial para un monumento*, 1970; *El inocente*, 1970; *Interior con figuras*, 1976; *Material memoria*, 1979; *Mandorla*, 1982 y *El fulgor*, 1983. En 1981 publicaba su obra en gallego *Sete cantigas de alén* que había de completar con nuevos poemas en la misma lengua en edición de 1996.

Paralelamente a su creación poética, realizó una obra ensayística caracterizada por su rigor a través de libros como *Las palabras de la tribu*, 1971; *Ensayos sobre Miguel Molinos*, 1974; *La piedra y el centro*, 1983; *Al dios del lugar*, 1989; *Variaciones sobre el pájaro y la red*, 1991 y *No amanece el cantor*, 1992.

Si las palabras pronunciadas por José Ángel Valente en abril de 2000 en Madrid pueden ser consideradas hoy como sus últimas opiniones sobre poesía, su testamento poético lo había ido perfilando durante los últimos diez años de su existencia en el poemario *Fragmentos de un libro futuro* que él mismo concibió como de publicación póstuma, confiada ahora a la editorial Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores. Escritos en mayo de 1999, a él corresponden versos que resumen su condición agónica, reflejo a su vez de la paradójica condición humana: “Y todos los poemas que he escrito/ vuelven a mí nocturnos./ Me revelan/ sus más turbios secretos./ Me conducen/ por lentos corredores/ de lenta sombra hacia qué reino oscuro/ por nadie conocido/ y cuando yo no puedo/ volver, me dan la clave del enigma/ en la pregunta misma sin respuesta/ que hace nacer la luz de mis pupilas ciegas”.

Si no representativo de la generación del 50, sí nieto del 98 en tanto que heredero de la dimensión ética de Antonio Machado y de la autoexigencia de Juan Ramón Jiménez, José Ángel Valente nos invita a cumplir con sus últimos deseos expresados hace pocos años en lo que él mismo tituló: *Proyecto de epitafio*: “De ti no quedan más/ que estos fragmentos rotos./ Que alguien los recoja con amor, te deseo,/ los tenga junto a sí y no los deje/ totalmente morir en esta noche/ de voraces sombras, donde tú ya indefenso/ todavía palpitas”. L.L.A.